

formidable cuestionario ese renglón piadoso, pero estrecho, que dice: necesidad de conceder descanso, antes y después del alumbramiento, a la mujer obrera; necesidad de atender a la mujer madre, «pobre» o «abandonada»? No hubiérais querido escribir mejor: ¿necesidad de respetar, de dignificar, de librar para siempre a la madre del general vilipendio con que un sentido equivocado de la moral humana la escarnece hace siglos? ¿Necesidad de honrar como merece a la mujer santificada por el misterio de la fecundación, dentro, o fuera del matrimonio, pobre o rica, abandonada o no? ¿No dictó silenciosamente vuestro sincero corazón, como complemento de esta sublime cláusula, la síntesis resolutoria del secular problema en esta forma: necesidad de exaltar la maternidad al nivel de su propia grandeza por medio de la educación de la mujer en el conocimiento de todos sus derechos y de todos sus deberes en relación con el hecho supremo de la reproducción?

No tenéis necesidad de responderme, previsoras y providas fundadoras del porvenir cordial que soñaron para Cuba los mártires de su libertad; reconozco en vuestra restricción, nuevamente ocasional, el imperio de una sincera y noble caridad, atenta siempre al urgente remedio de los dolores más agudos entre todos cuantos aquejan nuestro cuerpo social.

Sí, tenéis razón: debe y puede hacerse mucho todavía en beneficio de nuestras hermanas de la clase pobre en ese trance que debiera ser glorioso para ellas y que la realidad dolorosa de sus vidas hace lúgubre y abrumador como una cruz. Y ninguna mano más suave que la nuestra para ofrecer a ese pálido y manso rebaño de ovejas doloridas la gracia de un refugio, el rayo de una alegría con la esperanza de una cuna blanca para el hijo esperado en la tristeza, la paz con la visión fortificante de un horizonte acogedor a donde encaminarse bajo la aurora del día milagroso en que sientan de pronto su alma y su corazón rotos en dos. Pero, aun cuando todas las madres menesterosas de Cuba sonrieran dichosas sintiendo acrecer sosegadamente bajo sus pechos el raudal tibio y rico que ha de ser el sustento de sus hijos, el fantasma inhumano de la maternidad avergonzada y perseguida, seguiría entenebreciendo nuestro cielo con la sombra siniestra de sus alas.

Faltaríamos a la verdad si dijéramos que es nuestra voz la primera en levantarse a reclamar atención para nuestras madres desvalidas. Desde hace mucho tiempo, hallaron eco simpático sus tribulaciones en un grupo de corazones sanos y optimistas, llamados al cumplimiento de los deberes del más puro altruismo por la voz de un hombre cuyo nombre debe repercutir con dulzuras de bendición en el recinto de innumerables hogares cubanos: por la voz del doctor López del Valle. Emulándolo noblemente, entidades y agrupaciones benéficas, (de las cuales algunas son dirigidas por damas de nuestra más alta sociedad con el fervor de verdaderos apóstoles de la caridad fecunda, de aquella que no sólo ampara, sino guía al infeliz a la esperanza) han actuado con fervor en pro de las madres de la clase pobre. Vivas están aún en nuestras almas las luces conmovedoras de las fiestas de la fecundidad y la salud en que culminaron hace poco los últimos concursos de maternidad celebrados por la Secretaría de Sanidad y Beneficencia. La ciencia de la puericultura tiene entre nosotros verdaderos cultores, abnegados y gozosos intérpretes, servidores fervientes. El ejemplar humano, sano y robusto, apasiona a los hombres de ciencia y enternece hasta la envidia el corazón de las futuras madres. Todo esto es digno de loa; todo esto significa ya mucho, por sí solo; pero tengo para mí que el día en que la protección a las madres sea más moral que material, habremos dado un paso más seguro en beneficio de nuestro mejoramiento psíquico y etno-

lógico, de la salud espiritual de nuestra raza en un cercano porvenir.

Lograr, por el socorro material oportuno, que las madres aniquiladas en el trabajo rudo del taller o la fábrica, hagan «un buen vientre» y den de él un fruto humano normal y robusto como promesa de un ciudadano más, es no apreciar la vida sino en un solo aspecto, ni buscar la fortaleza de una raza, sino por medio de su plenitud física. Mientras esta esforzada, pero incompleta labor se realiza, la sonda asesina sigue extrayendo sin ruido en el recatado recinto de muchas alcobas virginales, embriones de vidas robadas a la patria; la ojera azul florece tenebrosamente sobre el carmin hipócrita de muchos labios de mujeres que heroicamente fingen una sonrisa despreocupada y dulce entre el círculo de las amigas ignorantes y felices, aguardando como el condenado la hora terrible de marchar por sus pies hasta la horca, aquélla que debiera abrir un alba para sus conciencias iluminadas, y dibujar un camino definitivo para sus corazones satisfechos. Y hoy será el rayo del suicidio desquiciando un hogar; mañana, la hazaña abominable perpetrada por la sombra exangüe de una mujer que abofeteada por el miedo, sintiendo volar ya sobre sus huellas la jauría social, se pone en pie, de pronto, horrible, lívida, con las entrañas todavía crispadas, para ir arrastrándose hasta el lejano muladar en donde arroja al hijo,—¡vivo aún!—como un fruto abominable que bajo el sol ardiente de unos días madurará, ignorado, rezumando a la luz miel de gusanos!

Esta ignorante y dulce fecundada, más serena, abrazada al rosado cuerpecito del ángel esperado como a una cruz eterna, se confinará para siempre lejos de la familia y los amigos para ir agonizando con dos agonías horribles hasta su día postrero, sin más esperanza de amor, como castigo al pecado de sentirlo; aquella otra, enloquecida, con las tiernas manos débiles destinadas por Dios para fungir de alas provisionales en el fragante nido de las cunas, descuartizará, impávida, al hijo recién nacido, como si deshojara una nefanda flor, y lanzará sus pétalos sangrientos al corazón callado de la noche, vengativa y terrible, con un gesto feroz de maldición!

Esta es la realidad. Esta es la realidad que ninguna medida de orden material podrá cambiar.

Que hombres generosos dediquen su existencia entera al cultivo del individuo humano hasta lograr el espécimen, modelo de la raza por su vigor y sanidad perfectos; que gobiernos muníficos y previsores, movidos a piedad por el espectáculo del aniquilamiento progresivo de grupos enteros de la sociedad por cuyo afianzamiento y expansión están obligados a velar, dediquen gruesas sumas al establecimiento de asilos provisionales donde las madres depauperadas por la miseria rehagan el músculo atrofiado y remuevan el caudal sanguíneo que ha de nutrir al nuevo ser, alimentadas y atendidas racionalmente, son hechos cuyo resultado ulterior contribuirá eficazmente al alivio de una parte del dolor de los pueblos, y esto es mucho, en verdad. Pero aspirar al mejoramiento de la especie por este único medio nos llevará siempre al fracaso, mientras pese sobre la mujer el anatema de la sociedad cuando, instrumento dócil de una ley que no es dado al hombre controlar, concibe fuera del matrimonio. Entonces, el vilipendio unánime de una sociedad que la repudia, tal vez sin violencia, pero de modo inapelable. El elocuente coro en loor de la fecundidad y en glorificación del hijo, queda reducido a un vago extertor, al sordo lamento en que se extingue, moribunda, la última esperanza de justicia humana. Argos tiene cien mil ojos implacables fijados sobre esa frente de mujer, que no osará levantarse nunca más. Víctima del ultraje mudo, colectivo, anónimo, esta madre, elegida como las demás por la vida pre-